

Josep M. Castellet: testimonio personal de su colaboración con el Congreso por la Libertad de la Cultura

Olga Glondys

Universitat Autònoma de Barcelona
Facultat de Filosofia i Lletres
Departament de Filologia Espanyola
Carrer de la Fortuna, Edifici B
08193 Bellaterra
olga.glondys@uab.cat

RESUMEN: El artículo presenta, en su contexto histórico y cultural, fragmentos de una serie de entrevistas con Josep Maria Castellet, realizadas por la autora en los años 2009-2010, sobre su colaboración con el Congreso por la Libertad de la Cultura. Como temas principales aparecen asuntos relacionados con la financiación encubierta del organismo, con las polémicas derivadas de las rivalidades entre diferentes grupos de oposición y con las transformaciones ideológicas y estéticas del propio Castellet, así como aspectos vinculados a cuestiones como la solidaridad, la influencia y la libertad intelectual en el contexto de la lucha antifranquista y la guerra fría.

PALABRAS CLAVE: Congreso por la Libertad de la Cultura, Josep Maria Castellet, realismo crítico, guerra fría cultural, antifranquismo

Josep M. Castellet: Personal Account of Castellet's Collaboration
with the Congress for Cultural Freedom

ABSTRACT: This paper presents excerpts from a series of interviews with Josep Maria Castellet conducted by the author in 2009-2010 on the subject of Castellet's collaboration with the Congress for Cultural Freedom. Against the backdrop of their historical and cultural context, the excerpts primarily address topics such as the issues relating to the organi-

GLONDYS, Olga (2018), «Josep M. Castellet: testimonio personal de su colaboración con el Congreso por la Libertad de la Cultura». *Cercles. Revista d'Història Cultural*, 21, 131-156. ISSN: 1139-0158. ISSN-e: 1699-7468. DOI: 10.1344/cercles2018.21.1005. Data de recepció: 16/4/2018. Data d'acceptació: 4/6/2018.

sation's covert funding, the controversies stoked by rivalries among various opposition groups, and the ideological and aesthetic transformations undergone by Castellet himself, as well as aspects linked to questions like solidarity, influence and intellectual freedom in the context of the anti-Franco struggle and the Cold War.

KEYWORDS: Congress for Cultural Freedom, Josep Maria Castellet, critical realism, cultural Cold War, anti-Francoism.

El principal objetivo del siguiente trabajo es presentar, en su contexto histórico, fragmentos de una serie de entrevistas que Josep Maria Castellet concedió a la autora en los años 2009-2010, mientras esta trabajaba en su tesis doctoral, más tarde plasmada en el libro *La Guerra Fría Cultural y Exilio Republicano Español (Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura, 1953-1965)*.¹

Las entrevistas, realizadas a lo largo de varios días, versaban casi de manera exclusiva sobre las actividades realizadas en la España franquista por el Congreso por la Libertad de la Cultura (CLC, 1950-1967), consorcio intelectual financiado, en su mayor parte, por la Central Intelligence Agency y su sucesora, la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura (1967-1978), que llevaron a cabo, a nivel global, un vasto programa de influencia ideológica y cultural durante el periodo de la guerra fría. De vocación antitotalitaria, el Congreso emprendió acciones relevantes de solidaridad y ayuda a grupos de oposición en los países dictatoriales (Europa del Este, península Ibérica, etc.), dirigidas, en concreto, a sus élites intelectuales y artísticas.

Josep Maria Castellet fue el primer secretario del Comité Español del Congreso por la Libertad de la Cultura, constituido en 1960 como resultado de la constante presión ejercida por el exiliado Julián

1 Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

Gorkin ante el Secretariado Internacional del Congreso y la Fundación Ford, que más tarde devino en exclusiva mecenas del programa ibérico del CLC.²

Castellet desempeñó dicho cargo en el periodo en el que el Comité estaba asociado con la Agencia Española de Cooperación Europea (AECE), puesto que carecía de personalidad jurídica propia, debido al contexto dictatorial. Fue relevado de su responsabilidad en 1962, tras el regreso de Pablo Martí Zaro de su exilio tras la famosa reunión de Múnich, financiada, en parte, por el Congreso, y organizada, en gran medida, por los colaboradores estrechos de este, también en el exilio (Julián Gorkin, Salvador de Madariaga, Enrique Adroher Gironella, etc.). A partir de ese momento, Zaro, máximo colaborador de Dionisio Ridruejo, se convertiría en el enlace permanente entre París, ciudad sede del Secretariado Internacional y del Comité Ejecutivo del CLC, y los miembros del Comité Español, que sumó a sus filas nombres tan relevantes como José Luis Aranguen, Fernando Chueca, Dionisio Ridruejo, Julián Marías, Enrique Tierno Galván, José Luis Cano, Josep Benet, Carlos Maria Bru y, más tarde, entre otros, Joaquín Ruiz Giménez, Domingo García Sabel, Lorenzo Gomis, Marià Manent, José Antonio Maravall, Raúl Morodo o José Luis Sampedro. Como se puede apreciar, representaban a élites académicas e intelectuales de adscripción liberal o socialista, pero también políticas —sobre todo por la presencia de Ridruejo, pero también de Morodo o Ruiz Giménez—, que más adelante desempeñarían un destacado papel en la forja intelectual de la Transición española mediante actividades públicas, reuniones pri-

2 Olga GLONDYS, «Causas y circunstancias del establecimiento del Comité Español del Congreso por la Libertad de la Cultura», en Á. BARRIO ALONSO, J. DE HOYOS PUENTE y R. SAAVEDRA ARIAS (eds.), *Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación. Actas del X Congreso de historia contemporánea*, Santander, Universidad de Cantabria, CD, 2011.

vadas y publicaciones asociadas al Congreso y al Comité como, sin ir más lejos, *Cuadernos para el Diálogo*, de Ruiz Giménez.

Asunto Bergamín

Situémonos en octubre de 1963. La «Carta de los 102 intelectuales» acaba de ser enviada por un grupo muy relevante de intelectuales antifranquistas a Manuel Fraga Iribarne para protestar contra las vejaciones y torturas a las que han sido sometidos los mineros asturianos en huelga y sus familiares.³ Los firmantes exigen la apertura de un proceso transparente sobre lo ocurrido y denuncian la censura informativa, imperante en los medios de comunicación españoles, acerca de una movilización capaz de congregarse a más de 100.000 personas a lo largo de un mes. La famosa carta ha sido redactada por los jóvenes intelectuales marxistas José María Moreno Galván, Josep Maria Castellet y Alfonso Sastre en casa de este último, y ellos mismos se han encargado de recoger las firmas entre las figuras más notables del antifranquismo.

La jugada maestra del franquismo, como es bien sabido, consistió en manipular el orden de las firmas que aparecen bajo la misiva para mencionar en primer lugar al viejo escritor marxista José Bergamín en lugar de a quien encabezaba el listado original, José Luis López Aranguren, catedrático de Ética y Sociología en la Universidad de Madrid. Con ello, el régimen pretendió reducir ante la opinión pública toda la acción a una mera maniobra comunista y, de esta manera, desacreditarla. Aún hoy en día, pese a la omnimanipulación ideológica instaurada por el franquismo en España, no deja de

³ Santos JULIÁ, *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2014, pp. 449-451.

sorprender la facilidad que tuvo a la hora de desprestigiar una acción de protesta de semejantes dimensiones y objetivo —defender a las víctimas de vejaciones y torturas cometidas por las fuerzas de orden de la dictadura—, simplemente alegando la actuación pública de uno de los numerosos firmantes durante la guerra civil (en concreto, el posicionamiento de Bergamín en contra de los miembros del Partido Obrero de Unificación Marxista —POUM— durante su persecución en 1937). Y, sin embargo, si consideramos los parámetros del debate sobre el pasado existentes en la España de entonces, nos daremos cuenta de que la «sucias jugada» de Fraga —así la llamaría, muchos años después, el propio Aranguren en una carta personal a Castellet— era tan fácil como previsible, porque, desde el punto de vista del régimen, así como de gran parte de la sociedad española de entonces, Bergamín presentaba «flancos débiles» a raíz de su actuación durante las conmociones de la guerra en el contexto de las profundas divisiones que desgarraron el seno del bando republicano. Por supuesto, el orden de las firmas fue cambiado porque, de no hacerlo, de haber ido primero el apellido de Aranguren, el ministro no hubiera podido sabotear de forma tan sencilla toda la acción promovida en solidaridad con los mineros.⁴

El hecho es que, en los días sucesivos a la aparición de la carta, el aparato propagandístico del franquismo se dedicó a enviar comunicaciones y documentación a todos sus firmantes respecto a su pretendida inspiración comunista, a la vez que lanzaba constantes ataques en la prensa en exclusiva contra la persona de José Bergamín. Con todo, lo que resulta mucho menos conocido de esta historia es que Bergamín no solo sufrió la persecución del aparato del régimen, sino, asimismo, de algún exiliado influyente que le profesaba acen-

4 Carta de José Luis Aranguren a Josep Maria Castellet, de 27 de noviembre de 1987. Archivo Personal de José L. Aranguren, Biblioteca Tomás Navarro-Tomás, Centro Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

tuados sentimientos adversos, por no utilizar palabras más fuertes, desde el conflicto español. Este fue precisamente el caso del ya citado Julián Gorkin, quien, como ya tuvimos ocasión de documentar recientemente, se encargó él mismo de proporcionar argumentos a Fraga para facilitar la campaña de descrédito hacia Bergamín, saboteando, de paso, la acción de protesta en defensa de los mineros asturianos, que Gorkin y sus círculos más estrechos del exilio anticomunista interpretaban *tout court* como una maniobra comunista, ergo antidemocrática, ergo totalitaria.⁵

En aquella actuación, Gorkin volvió a guiarse por su política de siempre, a saber: intentar hacerse con el control de las actividades de la oposición para aislarla de influencias potenciales o reales ejercidas hacia los grupos antifranquistas del interior por el Partido Comunista. Y así, las operaciones lanzadas de manera paralela por Gorkin y Fraga consiguieron, a la postre, marginar a Bergamín y forzar su segundo exilio, además de eliminar su firma de la segunda carta colectiva de intelectuales, que esa vez fue rubricada por 188 personalidades.⁶

Por añadidura, el hostigamiento desatado en su contra desde todos los bandos desencadenó una crisis vital en Bergamín que no solo le empujó a un nuevo exilio, sino también a abandonar su participación como ponente en la prestigiosa conferencia internacional organizada, justo en aquellas mismas intensas fechas, por el CLC en España. Dicha renuncia constituía, sin duda, un éxito, bien que precario, de Gorkin, empeñado, como estaba desde hacía años, en eliminar la figura de Bergamín de las actividades llevadas a cabo por el CLC en los círculos del exilio. Cabe añadir que, hasta entonces, ese afán de

5 Olga GLONDYS, «España A. D. 1963: Bergamín, Fraga y el Congreso por la Libertad de la Cultura», en I. LÓPEZ CABELLO, M. HIDALGO y T. SANTA MARÍA (coords.), *José Bergamín: entre literatura y política*, París, Presses universitaires de Paris Ouest (Régarde, 1), 2016, pp. 166-187.

6 Santos JULIÁ, *op. cit.*, pp. 453-455.

Gorkin no había resultado exitoso, porque se daba el caso de que el poeta francés Pierre Emmanuel —encargado de dirigir el conjunto de la acción hacia la Península por parte del organismo— era precisamente uno de los mejores amigos de Bergamín, hasta el punto de que este había sido testigo de su boda. Además, Bergamín era, asimismo, amigo íntimo de Roselyne Chenu, brazo derecho de Emmanuel en la actividad del CLC en España y Portugal. Dicha relación de Emmanuel y Chenu con Bergamín era, de hecho, muy estrecha, y acabaría resultando decisiva a la hora de socorrer a este último a nivel económico cuando terminó exiliado en París a fines de 1964 y se vio obligado a vivir, sin medios propios, en el domicilio particular de Chenu.

Antes de exiliarse, Bergamín protagonizaría, sin embargo, una última polémica que envolvió a los grupos antifranquistas y tuvo como escenario el prestigioso acto organizado por el CLC en Madrid. Dedicada al tema «Realismo y Realidad en la literatura contemporánea», la conferencia organizada por el CLC estuvo pendiente de autorización hasta el último momento por parte de las autoridades franquistas, y, a la vez, en riesgo real de ser boicoteada por los intelectuales extranjeros invitados a causa de la reciente ejecución del dirigente del Partido Comunista de España (PCE) Julián Grimau. No obstante, el encuentro tuvo, por último, lugar del 14 al 20 de octubre de 1963 en el hotel Suecia de Madrid. Pierre Grémion señala que, de acuerdo con las prioridades del CLC, la conferencia debía contribuir sobre todo a dos fines: por un lado, facilitar a la intelectualidad antifranquista el contacto con grandes escritores extranjeros, bajo el objetivo evidente de oxigenar las tendencias estéticas locales, y, por otro, acercar a los escritores marxistas barceloneses (Castellet, Barral, Gil de Biedma, etc.) al Comité Español del CLC.⁷ En realidad, ambas prio-

⁷ Pierre GRÉMION, *L'Intelligence de l'anticommunisme: le congrès pour la liberté de la culture à Paris: 1950-1975*, París, Fayard, 1995, pp. 490-492.

ridades habían sido pensadas, desde la organización en París, como necesarias para lograr un objetivo ulterior del acto: convocar a los fantasmas locales del realismo social —reales y potenciales— y contraponerlos públicamente a las corrientes dominantes de moda en los círculos progresistas del mundo literario occidental, con sus prestigiosos portavoces internacionales *in situ*. A este propósito, el editor y escritor barcelonés Josep Maria Castellet —líder, en aquel momento, del principal grupo literario de adscripción marxista y al que el seminario dirigía, en el fondo, su mensaje— señaló más tarde que el objetivo del encuentro era llevar a cabo «un debat sobre el realisme per intentar matisar els plantejaments esquemàtics en els quals ens movíem els escriptors peninsulars».⁸ Más en concreto, el seminario pretendía poner al día a los intelectuales españoles sobre las tendencias más en boga entre la intelectualidad progresista occidental, a la vez que instruirlos acerca de los riesgos —propiamente artísticos o vinculados a la proyección pública de su creación— de insistir, en sus obras, en los propósitos del realismo crítico. Dicha tendencia estética, según los renombrados promotores intelectuales del encuentro por parte del CLC, como el crítico literario polaco Konstanty Jeleński, influyente miembro del Secretariado Internacional, a aquellas alturas tan solo era la expresión de una intransigencia ideológica en la que lo estético era entendido como un posicionamiento político inmediato que resultaba ya muy trasnochado en los salones de la divina izquierda europea, además de pecar de cierta complicidad con la situación gris vivida en las dictaduras del este de Europa.

A pesar de que la prensa española no había recogido ningún eco del encuentro, el seminario —que contó con la participación de 85 escritores y críticos de seis países, y fue organizado bajo los auspicios del Instituto Francés, El Club de los Amigos de la UNESCO y el

8 Josep Maria CASTELLET, *Escenaris de la memòria*, Barcelona, Edicions 62, 1988, p. 233.

Comité de Escritores y Editores por una Entrepryuda Europea, organismo liderado por Jelenski y que era la tapadera del CLC en su actividad en los países dictatoriales— constituyó probablemente el acontecimiento más importante en el plano intelectual ocurrido en España desde la guerra civil. En los días posteriores a su celebración, el propio Pierre Emmanuel no dejaría de congratularse del éxito que había supuesto la reunión al confrontar la intransigencia realista de los escritores españoles con las respetadas y prestigiosas posiciones de los intelectuales occidentales «alejados de todo fanatismo ideológico o estético».⁹

El seminario fue escenario de varios enfrentamientos y tensiones, más y menos explícitos, y tuvo como ruptura relevante la protagonizada por Bergamín. En sus memorias, Castellet la relata desde su perspectiva. En realidad, todo había empezado un día antes de la inauguración del encuentro —el 13 de octubre—, cuando Bergamín había solicitado en persona a los promotores de la carta (Sastre, Moreno Galván, Pablo Serrano y el propio Castellet) que boicotearan el acto y anularan la celebración de la conferencia en protesta por la situación de indefensión en la que él se hallaba frente a la persecución personal orquestada por Manuel Fraga a raíz de la comentada carta. Según el testimonio ofrecido por el propio Castellet en el curso de nuestras conversaciones, este consultó la situación por teléfono con Aranguren y ambos convinieron que, en aquel momento, no eran partidarios de cancelar la conferencia tras meses de preparativos y con los invitados ya en España. Pero, ante todo, su argumento era que, dado el vacío informativo debido a la censura, nadie en España se hubiera enterado de la suspensión, ya que aquellos seminarios no

9 Pierre EMMANUEL, «Note pour monsieur John Hunt, 28 de octubre de 1963». Archivo General del Congreso por la Libertad de la Cultura y de la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura [IACF]. Serie II; caja 150, f. 7, Regenstein Library, University of Chicago (EE.UU.).

eran públicos. Bien al contrario, la idea de ambos era tratar de aprovechar precisamente la presencia de corresponsales extranjeros para escenificar la solidaridad de todos los asistentes con Bergamín. En la entrevista, Castellet añadió:

¡Qué más quería que irme a Madrid, con el follón que había, con lo de Aranguren y Bergamín y las firmas! Y fue una defensa de Bergamín, porque si estábamos allí, estábamos defendiendo la libertad de expresión aquí dentro. Y claro, allí estaban los amigos, por decirlo así, de Bergamín, diciendo «No, hay que impedir esto».

Castellet se refiere aquí a los comunistas, con Alfonso Sastre a la cabeza, que acudieron en bloque a la conferencia y exigieron la suspensión del seminario para, acto seguido, ante la inflexible firmeza de Aranguren en mantenerlo, abandonar la sala al tiempo que Bergamín retiraba su ponencia. En realidad, en aquel momento se produjeron al menos dos rupturas: la primera, por un lado, entre Bergamín y Sastre, y por otro, los amigos barceloneses de estos, incluido el propio Castellet, pero también entre el propio Aranguren y, por otro lado, Emmanuel y Jelenski, máximos representantes de la acción del Congreso por la Libertad de la Cultura en España, hombres poco dogmáticos y muy amigos de Bergamín.

Transformaciones estéticas: contra el realismo crítico

La conferencia «Realismo y Realidad en la literatura contemporánea» tuvo una relevancia considerable para las transformaciones en el panorama literario y cultural español. Este fue otro de los ejes abordados en las entrevistas sostenidas por la autora con Castellet.

De entrada, no debería olvidarse que hubo un precedente —aunque nunca llegara a materializarse— de aquella famosa conferencia

madrileña. Nos referimos al coloquio sobre poesía comprometida que debía celebrarse en el Instituto Francés de Barcelona, en marzo de 1962, contando con la asistencia prevista, entre otros, de Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral y Gabriel Ferrater, y con Castellet como elemento clave de su organización. Castellet manifestó en nuestra entrevista que no se acordaba de tal iniciativa. Es probable, ya que dicho seminario fue cancelado por los responsables de París a raíz de una decisión de Emmanuel, aduciendo la razón de no haber podido reunir a representantes de puntos de vista estéticos suficientemente diferentes... Respecto a esto, en la carta de Emmanuel a Ángel Crespo del 13 de febrero de 1962, se informa de la suspensión del encuentro y se alega como motivo la imposibilidad de reunir a un público de opiniones «suficientemente variadas y que acepte una discusión abierta», hecho que apuntaba en el sentido de que una tendencia acabaría dominando sobre las otras y haría inútil la confrontación, a juicio de Emmanuel.¹⁰ Abundando en ello, en la carta que Emmanuel dirige a Castellet tres días después, le asegura que no ha encontrado gente capaz de sostener opiniones de principios diferentes a los de Barral, Gil de Biedma, etc. Y añade:

Bien que je n'aie pas objection personnelle contre la position de ces derniers, je crains un peu leur éloquence torrentielle et leur logique imperturbable, qui agissent comme un tank sur l'auditeur. J'aurai donc voulu trouver de gens qui brisent un peu cet assaut, afin qu'un dialogue s'amorce. [...] Vous comprendrez sans doute ma position : toute attitude grossièrement simplificatrice me fait horreur dans l'ordre intellectuel et esthétique.¹¹

¹⁰ Carta de Pierre Emmanuel a Ángel Crespo del 13 de febrero de 1962. IACF. Serie I; caja 31, f. 7.

¹¹ Carta de Pierre Emmanuel a Josep Maria Castellet del 16 de febrero de 1962. IACF. Serie I; caja 31, f. 7.

En otras palabras, resultaba tan predominante la tendencia del realismo crítico en aquel momento en los círculos literarios de Barcelona que, a pesar de sus esfuerzos para traer a intelectuales de Francia que la compensaran —por ejemplo, Alain Bousquet—, Emmanuel no consiguió reunir el número mínimo de personalidades necesarias para escenificar la deseada oposición al marxismo. No deja de resultar curiosa esa manera de buscar la «pluralidad» a costa de quitarle el protagonismo a la especificidad cultural local del mundo barcelonés, hasta el punto de preferir, como Emmanuel, suspender la iniciativa si no se garantizaba el cumplimiento de los objetivos del CLC asociados a la «confrontación» pública con el marxismo.

El caso proporciona, asimismo, otro argumento a favor de mi tesis de que el CLC no convocaba sus actos para otorgar la palabra a la auténtica realidad local, o para conceder la libertad absoluta a sus colaboradores e invitados, sino, ante todo, para tratar de influir en esa realidad concreta hacia la cual dirigía su interés; para moldearla y orientarla mediante las actividades «de formación» hacia los más «débiles»; es decir, en este caso, los intelectuales y escritores de la península Ibérica que actuaban en dicha relación desigual como principalmente receptores.¹² Por supuesto, la percepción de dichas dinámicas podía resultar muy difícil. Así, cuando se le preguntó por el tema de la cancelación del seminario de poesía, Castellet no asoció la decisión de Emmanuel a un intento de dirigismo o control por su parte, con quien manifestó que había tenido una sincera amistad, hasta el punto de que una hija de Emmanuel residió como invitada en su casa durante un periodo de tiempo. En varios momentos de la

12 Olga GLONDYS, *La Guerra Fría Cultural...*, pp. 326-327; Olga GLONDYS, «Las relaciones entre los comités español y portugués del Congreso por la Libertad de la Cultura en las postrimerías de las dictaduras ibéricas», en M. LOFF y C. MOLINERO (coords.), *Sociedades en cambio: España y Portugal en los años setenta*, Barcelona, CEFID-UAB/IHC, CD-ROM, 2012.

entrevista, Castellet insistió en la cooperación y la absoluta franqueza con las que se desarrollaba la colaboración entre el Comité Español y la sede del CLC en París.

En cualquier caso, lo que no se pudo hacer en 1962 se hizo más tarde con la celebración de la conferencia sobre realismo y realidad en 1963. En sus escritos, y también en la entrevista que mantuvimos, Castellet reconoce que el encuentro de Madrid fue muy importante en su evolución personal, pero lo cierto es que su tendencia a abandonar el realismo crítico se había puesto en evidencia ya con anterioridad. De hecho, la rapidez de la evolución de Castellet a la hora de dar de lado al marxismo crítico cogió tan de improviso a los responsables del CLC que, en las vísperas de la conferencia, Jelenski compartía sus temores con la cúpula directiva del Congreso sobre si Castellet aún era capaz de pronunciar en ella un discurso en defensa del realismo crítico:

Curiously enough, it is Castellet who has evolved the most since I last saw him. He was rather shaken by the criticisms levelled by Vittorini, Calvino and some other Italian writers, at Formentor, at Spanish “social realism”. I was even anxious as to whether he would, in his report, faithfully play his part as the theorist of the new socialist realism. But he assured me that he would.¹³

Jelenski hacía mención, asimismo, a lo que denominaba «la asombrosa versatilidad» de Castellet, a quien consideraba uno de los intelectuales más simpáticos de los que conocía en España, pero, a la vez, «el más difícil de definir».¹⁴

¹³ Konstanty Jelenski, «Journey to Spain (25 February- 9 March 1963)». IACF; Serie II, caja 183, f. 5.

¹⁴ Carta [probablemente] de Konstanty Jelenski a Keith Botsford, del 6 de febrero de 1963. IACF; Serie I; caja 36, f. 1.

También en sus memorias Castellet dice que en el momento de la celebración del simposio madrileño ni él ni quienes habían sido diseñados como sus oponentes —por ejemplo, la novelista y ensayista estadounidense Mary McCarthy— estaban ya muy seguros de sus papeles. Señala la ignorancia de McCarthy sobre la censura existente, así como el apolitismo de la novelista franco-rusa Natalie Sarraute —representante de la *nouvelle roman* gala, una tendencia novelística separada de cualquier cuestión política—. En la entrevista, Castellet recordaba sonriendo su propia participación en los siguientes términos: «Emmanuel pensaba seguramente que si no todos éramos comunistas, poco faltaba. [...] Todos jugábamos un rol». Para el editor barcelonés, se trataba de «papeles equivocados, [...] con los que uno no quiere jugar, y luego le obligan». Hasta qué punto se trataba de juegos estratégicos para todos, el mismo Castellet lo evidencia al calificar lo sucedido durante la conferencia más como un tipo de «escenificación» que como una «confrontación real». Manifiesta, en este sentido, que había preparado su ponencia «exagerando un poco, para poder permitir que los otros la atacaran más y llegar a un acuerdo posterior». Y, al respecto, añade: «Yo no quiero desilusionarla a usted, porque estamos un poco en el terreno de que los acuerdos o los desacuerdos, políticos en este caso, pasan por actitudes cínicas».

De este modo, «el juego», «la escenificación», o «la manipulación» son palabras que se reiteran en varios momentos de la entrevista. Pero Castellet insiste en que fue precisamente él quien jugó, manipuló y controló en su relación con el CLC y sus responsables de París, y dada su aguda inteligencia y su posición dominante en el mundo cultural barcelonés, cabe admitir que Castellet disfrutaba de una correlación de fuerzas bastante favorable en dicha relación.

Asimismo, en diferentes fragmentos de la entrevista, Castellet insiste en su libertad y en la idea de que la clave de su evolución estética e intelectual radica en el contacto con los jóvenes escritores,

a la vez que niega con rotundidad que su abandono del realismo crítico tuviera algo que ver con la influencia desempeñada por el Congreso:

A ver, para mí, el realismo se termina, cuando yo termino un libro en catalán, que ni siquiera traduzco al castellano, *Poesía, realismo, historia* [*Poesia, realisme, història*. Barcelona, Edicions 62, 1965]. Es la última tentativa que hago, que ya se me están yendo de las manos las teorías del realismo, porque eran anticuadas en Europa. Pero con eso no tiene nada que ver el Congreso, esto lo hago yo por mi cuenta.

Sin embargo, para él, el comienzo de aquella ruptura se sitúa en 1960 con la edición de la antología *Veinte años de poesía española, 1939-1959* (Barcelona, Seix Barral, 1960). Añade:

Soy yo, quien he vivido el proceso interior, ya que me doy cuenta de que habíamos llegado tarde y que se estaban haciendo otras cosas... Y entonces, sin abandonar nada de lo que estaba leyendo —el marxismo evolucionado de un Lukacs o un Goldman—, empiezo a leer bastante a algunos americanos y, entre ellos, a Susan Sontag.

Recuerda sus nuevas amistades, por aquel entonces, con Pere Gimferrer o Ana Maria Moix, y menciona que pasa por una «crisis personal» representada por aquel viraje. El abandono del realismo crítico en España es vivido, en resumen, por Castellet con un sentimiento de fatiga, de desfase frente a lo que está pasando fuera:

Lo que me produce es la fatiga, por lo menos la sensación de estar desfasado, de darme cuenta de que estoy hablando un lenguaje que muchos otros han ido evolucionando, en paralelo o en contra... Hay un par de años, que son de 1964 a 1966, cuando tuve una crisis personal fuerte, porque no tenía otro remedio que repensarlo todo. Y no

sólo repensarlo sólo con los libros, sino que me encuentro con los poetas nuevos, los escritores jóvenes y aquello es una realidad tan válida como la otra. [...] Así que empiezo a conocer a esta otra gente joven que dice: «Nosotros queremos escribir otra cosa, porque nosotros queremos tener nuestro propio camino».

Agrega, con un interesante testimonio de cuán necesaria e ineludible es la evolución en la vida:

[...] discutiendo mucho con Pere Gimferrer, me doy cuenta de que las cosas habían periclitado. No, no sólo las cosas, en la vida todo periclita. Durante la vida, pam, pam, pam, van pasando los amigos, también las ideas, y así con todo. [...] Si no tienes evolución, te quedas al principio y no sirves para nada. La evolución es normal, también la evolución de las ideas. Lo peor del mundo es la postura del típico: «Yo siempre he pensado lo mismo y sigo pensando lo mismo». ¡Burro! ¡Éstos son los tontos! [risa].

Y, en concreto, sobre la pasión en la vida intelectual o política:

Si uno ha vivido de verdad, si ha vivido más o menos apasionadamente por cuestiones de trabajo, de política, o de ideología, tiene que, bueno no «tiene que», es que está cambiando constantemente. Es lo que nos pasó a Aranguren y a mí —él que salía de un catolicismo muy tristón y muy encerrado de Ávila—, y él por su lado y yo por mi lado nos encontramos finalmente. Yo llego a la conclusión de que el planteamiento de la poesía ha cambiado, porque también los jóvenes rechazan el planteamiento anterior. Yo nunca he pensado que los jóvenes sean tontos, como las mentes anticuadas. [...] Entonces mi contacto con la gente joven, con la gente joven de este país, no con el Congreso por la Libertad de la Cultura, es lo me hace llegar a concebir y a escribir *Los Nueve novísimos*. Y éste es uno de los libros, junto con la antología anterior, que creo que ha tenido más peso en la poesía española en los últimos treinta años. Pero el Congreso no interviene para nada en todo esto.

A pesar de todo lo que ha explicado sobre su convicción de que ha vivido ese proceso de manera autosuficiente y personal, Castellet admite en otras partes de nuestra charla que los contactos que posibilitó el CLC —por ejemplo, con Mary McCarthy—resultaron relevantes para desencadenar dicho cambio. Lo hace con las siguientes palabras:

¡Claro, faltaría más! ¡Y la lectura de no sé cuántos! Y Aranguren sale de Ávila y de su catolicismo con sus viajes a los Estados Unidos. Porque lo peor es no ver gente, no conocer gente, no viajar, no tener contactos, no discutir, no pelearse: eso es fatal. Origen de la doctrina que no estará escrita nunca, pero que la hablamos con Aranguren: la «Ética de la infidelidad». Si quieres ser tú mismo, llega un momento en que tienes que ser infiel a tus principios. Siempre que sea una cosa honesta y honrada, y sobre todo, que la puedas escribir y decir. Yo puedo decir todas las cosas que me han pasado y no siento vergüenza de ellas.

En cuanto a su desertión del realismo crítico en España, hecho relevante de su trayectoria por el que se le culpó impenitentemente desde los sectores de la izquierda intelectual marxista, Castellet afirmó:

El realismo se manifiesta en España con retraso, respecto a otros países europeos, y cuando nosotros salimos al extranjero, ya con una cierta posibilidad —con el Congreso por la Libertad de la Cultura o la Comunidad Europea de Escritores [COMES], donde yo también estuve de directivo—, estas salidas se producen, por decirlo así, tardíamente... Cuando nosotros estábamos montando un aparato del realismo, ya los demás lo estaban dejando caer, los otros países ya estaban con otras cosas. Y claro, al salir fuera nos damos cuenta de eso, y por eso la vida del realismo en España es muy corta.

Precisamente debido a ese aislamiento cultural y a ese retraso frente a otros países, debido al régimen dictatorial, Castellet justifica el rápido abortamiento de la «operación realismo», a sabiendas de

que en ciertos círculos fue considerado todo un «traidor a la causa». Lo que es indudable es que su giro ocasionó reacciones críticas también en su entorno más cercano; por ejemplo, en su amigo el filósofo marxista Manuel Sacristán, conflicto al que Castellet, muchos años después, se refirió así:

Pero hay una cosa clarísima que no se puede decir, porque me da vergüenza. Pero da lo mismo. Es que, quisiera o no quisiera, o bien o mal —tampoco quiero decir que yo lo hiciera muy bien—, yo llevaba la razón. [...] Es que ellos [los intelectuales comunistas] no habían entendido la evolución de aquellos jóvenes y no querer ver la evolución de la gente joven es fatal para los políticos, los escritores, para todo el mundo.

Polémica de la financiación del CLC en el contexto del antifranquismo

Dejando ya el tema de las batallas estéticas, otra cuestión relevante de la entrevista fue la repercusión en España del escándalo vinculado a la financiación, por parte de la CIA, del Congreso por la Libertad de la Cultura. La reacción —desencadenada en 1967, tras hacerse pública dicha financiación, hasta entonces oculta— se explicó en el libro de Teresa Muñoz i Lloret *Josep M. Castellet: retrat de personatge en grup*,¹⁵ en el que se manifiesta que solo un miembro del Comité Español, Antonio Buero Vallejo, decidió abandonar por completo las estructuras del Comité mientras que todos los demás mantuvieron su participación. Así lo recordaba Castellet:

Pero los demás, que somos inocentes, dijimos: «No, pero si somos inocentes» y continuamos la relación con Emmanuel y —tras el cam-

15 Barcelona, Edicions 62, 2006.

bio, con la marcha de las fundaciones de la CIA— con el Congreso [convertido desde aquel momento en la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura], financiado ahora exclusivamente por la Ford Foundation. Por lo tanto, todo pasa a la luz del día, por decirlo así. Por nuestra parte, quiero decir.

Con respecto a las repercusiones en España de la financiación del CLC por parte de la CIA, cabe recordar el artículo que Julián Gorkin publicó en 1979 en *El País*, en el que negaba tajantemente que el organismo hubiera sido financiado por la Agencia.¹⁶ Lo cierto es que resultaba un tanto absurdo a aquellas alturas negar aquel hecho, difundido en la prensa internacional y corroborado desde hacía más de una década. Según el testimonio de Castellet, la sospecha de la financiación estadounidense siempre estuvo presente, aunque los miembros del Comité la asociaban con el Departamento de Estado, teniendo en cuenta que en España operaba en aquel momento también la USIS [United States Information Service]. Castellet incluso relató que había realizado pesquisas con su amigo Francisco Ferreras, que vivía por aquel entonces en París y era muy amigo suyo, y que este le negó dicho vínculo financiero.

En cualquier caso, debido a la opresión dictatorial, parece lógico que los artistas e intelectuales españoles hicieran lo posible por mantener su colaboración con el CLC, que, además, había devenido en realidad un organismo de máxima importancia en la defensa de las libertades intelectuales, así como uno de los foros más relevantes de la vida intelectual a nivel global. Así, las sospechas sobre la financiación pasaban a un segundo plano frente a los legítimos pragmatismos y agendas públicas y privadas de los intelectuales antifranquistas. En este sentido, la actitud de los colaboradores españoles del

¹⁶ Julián Gorkin, «Santiago Carrillo y mis negocios con la CIA», *El País* (17-06-1979), p. 15.

CLC fue semejante a la que describió en su momento Saunders en su estudio sobre la guerra fría cultural, citando las palabras del secretario ejecutivo del CLC, John Hunt: «Lo sabían [la financiación gubernamental estadounidense], y sabían tanto como quisiesen saber, y si sabían más, sabían que tendrían que irse; por lo tanto se negaban a saber».¹⁷ Castellet la resume a su manera con las siguientes palabras: «Podíamos sospechar mucho de los americanos, pero saber, saber, no lo sabíamos. Hasta el momento en que estalló esto». También menciona que conoció personalmente a John Hunt y al «superinteligente» Michael Josselson —agentes de la CIA encargados de supervisar el CLC desde el Secretariado Internacional—, responsable intelectual de la adscripción antitotalitaria del Congreso: «Yo creo que fue su superinteligencia —porque Josselson fue muy hábil— lo que le llevó a manifestar: nosotros estamos contra todos los totalitarismos», sentencia Castellet. Por tanto, esta fue, para él, la capa que ocultó posibles sospechas acerca de la relación del CLC con el poder estadounidense: «[...] que el Congreso era anticomunista, pero también antifranquista y antisalazarista». Y constata con contundencia: «Y a nosotros nos ayudaban, y nos ayudaban mucho». Asimismo, Castellet valora de manera muy positiva el legado intelectual y artístico creado por el CLC, incluida la promoción de corrientes artísticas como el expresionismo abstracto, contrapuesto de manera radical al realismo soviético: «Yo tengo mucha admiración por Josselson. [...] Suponiendo que todo era de la CIA, que no lo era, yo creo que fue la única cosa inteligente que hizo en todo caso la CIA».

En *Els escenaris de la memòria*, pero también en el libro de Teresa Muñoz i Lloret, se refleja también muy bien que la recepción por parte de Castellet de la actividad del Congreso en España fue muy positiva. Contribuyó de un modo decisivo a una apertura a las reali-

¹⁷ John Hunt, entrevista: Uzés, julio de 1997, citado por Frances STONOR SAUNDERS, *La CIA y la Guerra Fría cultural*, Madrid, Debate, 2001, p. 550.

dades culturales europeas y occidentales en general, a la vez que ayudó a sobrellevar la asfixiante situación creada por la situación política. La ayuda dispensada en concreto por Jelenski a los intelectuales antifranquistas representó, desde la óptica de Castellet, un apoyo muy importante para la actividad del CLC. Recordemos que el crítico polaco era directivo del Comité d'Entraide d'Éditeurs et Écrivains Européens desde el año 1956, y que, como tal, supervisaba los envíos de libros y la concesión de becas y bolsas de viaje a intelectuales y creadores residentes en los países dictatoriales. Al respecto, Castellet manifestó en la entrevista que le era indiferente la ideología que estaba detrás del CLC: «Me es igual, éste no es el problema, la cuestión es que para nosotros lo que significó fue esto: libros, viajes, congresos...». A mi pregunta de si se sentían tratados como instrumentos por el CLC, Castellet contestó con gran pragmatismo:

C: Pero, a ver, ¿nosotros qué necesitábamos? [...] Teníamos necesidad de libros, me da lo mismo. [...] ¿Por qué me iba a importar? [...] Pero si da lo mismo. ¿Qué le he dicho al principio? El Congreso se funda en Berlín y sabíamos perfectamente que era netamente anticomunista. ¿Y qué le he dicho a continuación? Que nos aprovechamos... [...] A nosotros no nos comprometen en la lucha anticomunista. Nos dan libros, nos dan becas, yo no sé si usted tiene la relación de todas las becas que hemos dado, incluso a algunos comunistas descarados, a Juan Marsé... Yo no me acuerdo de esta lista, porque es tremenda. [...] Yo no me sentía manipulado, porque yo manipulaba a los otros.

También en otro punto de la entrevista, Castellet insiste en la idea de que a la vez que «fueron manipulados» por París, ellos manipulaban también... Mas la actividad del CLC no se realizaba, desde luego, solo por altruismo. En consecuencia, las sucesivas preguntas abordaron el aspecto tal vez más polémico de la actividad del CLC; a saber, la actividad anticomunista como fin principal del Congreso,

precisamente en el contexto del franquismo y de la necesidad de forjar alianzas entre distintos grupos de oposición, cuando los comunistas también luchaban, y de manera muy activa, contra Franco. Castellet respondió como sigue:

El Congreso hacía lo que le daba la gana, aparte. Pero a nosotros, ¿qué nos hacían? Nos daban de todo, pero nos daban de todo ayudándonos, así pudimos leer, viajar, etc. Esto estaba muy planteado dentro del Comité Español, que nunca existió oficialmente.

Requerido para que diera una valoración más de tipo ético en lugar de la argumentación pragmática que acabamos de ver, el ex primer secretario del Comité Español del Congreso por la Libertad de la Cultura contestó en los siguientes términos:

No, a ver, las valoraciones éticas no las he admitido nunca. Este tipo de juego por la política es un juego de cinismos... Ahora no nos vamos a hacer los estrechos... A nosotros que estábamos así [acercando la mano al cuello] y que teníamos a Franco, y nos perseguía la policía, y que algunos estábamos detenidos y a otros se nos interrogaba... A nosotros nos interesaba salvar nuestra piel, y no decir: «Ay, no, porque éstos son anticomunistas».

Este era un juego... si era un juego mortal, no, quiero decir... Pero en el juego político, intelectual, la vida funcionaba así siempre... En ese momento, en el mundo, sí. [...] Usted quiere hundirme moralmente. [*risa*] [...] a mí me bastaría que usted entendiera que era un doble juego, que nosotros sabíamos perfectamente que eran anticomunistas, pero que en la medida en que nos daban la absoluta libertad, y podíamos escoger los libros que queríamos, y podíamos viajar, o pedir las becas o estudiar... para mí, quedarme en la cárcel de la España franquista: ¡no!

Las sucesivas preguntas de la entrevista se centraron, a partir de entonces, en procurar que el entrevistado explicara, en consonancia

con lo que ya había declarado, la razón por la cual el hecho de que una parte de la oposición fuera financiada por Estados Unidos suscita, aún hoy en día, tanto nerviosismo. ¿Es un tema vergonzoso en España ser financiado por Estados Unidos? Y si la respuesta a esta cuestión es positiva, ¿es culpable de ello el tradicional antiamericanismo español o se debe a otros motivos? He aquí la respuesta de Castellet:

Sí. Es el tema del antiamericanismo español, el antinorteamericanismo. Es una cosa tradicional y, en cierto modo, sigue. Evidentemente a la gente no le gustaba, pero, y es lo que yo quiero hacerle ver a usted, que si alguien se ha avergonzado fue *a posteriori*. Me entiende o no me entiende, me da lo mismo...

Y lo de aceptar las ayudas, la situación era tan penosa... [...]

A la salida de la guerra mundial, en España se espera que los aliados hagan algo, pero los aliados no hacen nada. Entonces, a lo largo de la década de los años cincuenta, tenemos los pactos con el Vaticano y el famoso viaje de Eisenhower a España: es la consagración y la consolidación del franquismo. Los aliados que nos dejaron caer durante la guerra civil, que eran, básicamente, Francia e Inglaterra, y los acuerdos con los EE.UU. de 1954: todo eso hace que toda una parte de jóvenes intelectuales cayeran en una especie, no de desesperación, pero sí de escepticismo fatal. Por lo tanto, sin cinismos de ningún tipo, simplemente uno se acoge al que le da algo. Sin preguntarse nada, porque no había nada que preguntarse. Todos eran unos hijos de puta: los franceses, los ingleses, los americanos...

A continuación, la conversación versó acerca de los cambios democráticos en la Europa del Este, sobre la Hungría de 1956, la Checoslovaquia de 1968 y, finalmente, las transformaciones en Polonia y el movimiento Solidaridad. En aquel momento, Castellet tomó la iniciativa y preguntó de manera provocativa si a Solidaridad también

la había pagado la CIA, a lo que yo le contesté que no sabía si había sido la CIA o el Vaticano, pero que, en el fondo, de donde procedían los fondos era indiferente, a lo que apostilló, triunfante, Castellet: «¡¡Claro, ahí está el asunto!!». La conclusión común fue, por tanto, que en realidad no importaba, al menos de manera determinante, el origen de los fondos cuando los enemigos eran muy poderosos. Lo cierto es que la entrevista permitió, entre otras cosas, verificar que en lo personal Castellet no se sentía en absoluto culpable por haber tomado parte en la guerra fría. Es más, justificaba su circunstancia vital como marcada históricamente, de forma inexorable, por el siguiente hecho: España, para él, había vivido bajo una dictadura «por culpa de la guerra fría, porque los americanos nos dejaron colgados al terminar la guerra civil». La interpretación contraria, en la que se condena de alguna manera a los intelectuales anti-franquistas que aceptaron ese tipo de ayudas, recibe el rechazo vehemente de Castellet:

Eso yo no puedo soportarlo. Vamos a ver, eso no tiene nada que ver con que a mí me regalaban libros, porque gracias a esto yo estoy aquí y puedo contarle a usted esto y, si no, yo no tendría ni cultura ni hubiera publicado libros, no tendría nada... llegó un momento en que estábamos ahogados y no encontrábamos salidas, luego llegaron las listas de lectura, las becas, los viajes al extranjero...

En relación o no con lo ya comentado, lo que se puso de manifiesto, asimismo, de forma innegable en la entrevista fue que, para aquel gran jugador de la vida cultural e intelectual catalana y española que fue Castellet, el desengaño acerca de la vida política, en general, era patente al final de su vida:

Se trata de entender que el mundo político es un juego de cínicos, un juego de espadas, no hay que tomárselo muy en serio. Antes no se lo

hubiera dicho. Ahora que lo he entendido, es hace tan sólo veinte años... Antes me lo tomaba todo muy en serio... Es un juego de espadas, de a ver quién gana, y hay que pelearse. Y hay que ver entonces que, donde está la verdad de la verdad, es el dinero y es el que manda.

Josep M. Castellet, líder indiscutible del grupo de jóvenes intelectuales y escritores marxistas barceloneses, devino, sin duda, una pieza importante de la política antifranquista desarrollada por los responsables de la acción hacia España del CLC. En concreto, la alianza entre los jóvenes marxistas barceloneses y los representantes de la clase acomodada académica de la generación anterior, representada en lo personal por Castellet y Aranguren, respectivamente, además de proporcionar estabilidad al eje Barcelona-Madrid en la actuación del Comité Español del Congreso, reflejaba los tiempos que corrían, proclives a los acuerdos entre los grupos del interior con el fin de enfrentarse mejor al régimen, pactos en los que el exilio resultaba cada vez más perdedor por múltiples razones, entre las cuales no era la menor el desgaste de su prestigio a causa de la acentuada propaganda franquista en el interior. Así, mientras la diplomacia pública estadounidense ya abastecía a las élites burguesas españolas de becas y programas de ayuda mediante la Comisión Fulbright o la USIA, el Congreso debía cubrir a la gente de izquierdas, sobre todo después de la revolución cubana. No le interesaba la gente del régimen, pero tampoco los opositores de cariz conservador como Julián Marías, ya bien «cubiertos», por otro lado, por los programas oficiales de influencia o por la actividad propia de la Fundación Ford.

Las entrevistas con Castellet fueron fundamentales para que la autora hiciera suyo un aparato epistemológico mejor con el que abordar el complejo problema de la lucha antifranquista en el contexto de la guerra fría cultural. La generosidad y la franqueza de Castellet en las conversaciones me han acompañado, desde entonces, siempre que he escrito sobre el Congreso por la Libertad de la

Cultura, organismo que proporcionó becas individuales a antifranquistas y emprendió numerosas acciones orientadas a la promoción de un amplio diálogo en todo el país (Madrid-Barcelona-ciudades de provincia), así como en la Península (España-Portugal), Europa (norte-sur, este-oeste) y entre los continentes (Europa-Estados Unidos). Valga, pues, el presente artículo no solo como una oportunidad para seguir reflexionando sobre las complejas realidades políticas en las que se encontraba la lucha antifranquista y, con ella, la creación intelectual y artística de aquel periodo, sino también como un recuerdo agradecido de la autora a esa personalidad destacada de la vida cultural catalana y española de la segunda mitad del siglo xx que fue Josep Maria Castellet.



Copyright © 2018. Aquesta obra està subjecta a una llicència de Creative Commons mitjançant la qual qualsevol explotació n'haurà de reconèixer els autors, citats a la referència que apareix a l'inici del document.